



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Nota final

Autor: Guy, Alain

Forma sugerida de citar: Guy, A. (1992). Nota final. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 271-279.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NOTA FINAL*

Por *Alain GUY*

UNIVERSIDAD DE TOULOUSE-LE MIRAIL

LA FILOSOFÍA IBEROAMERICANA es aún muy poco conocida por parte del público de habla francesa, el cual, bajo los efectos de un eurocentrismo más o menos subconsciente, apenas si se ha interesado hasta el presente en otra cosa que no fuera el folklore o los problemas estrictamente económicos de América Latina, mientras que ignora por completo el aporte original de las diversas corrientes de pensamiento de las veinte repúblicas de América Central y del Sur...

Sin embargo, ya en 1958 Gaston Berger tomó la feliz iniciativa de dirigir un número especial de la revista parisina *Les Études Philosophiques* (julio-septiembre) intitolado "Aspectos del pensamiento ibero-americano" (en el cual René Lacroze estudió la filosofía mexicana actual mientras que yo traduje los artículos inéditos de José Gaos, Francisco Romero y Juan Llambi de Azevedo). En 1963, en el primer número de la revista *Caravelle*, escribí un estudio sobre "El bergsonismo en América Latina". Nuestro "Centro de filosofía ibérica e iberoamericana" (Universidad de Toulouse-Le Mirail) publicó en 1971 un volumen colectivo, *Le Temps et la Mort dans la philosophie contemporaine d'Amérique Latine* (textos traducidos y precedidos por una presentación). En 1975, este mismo Centro editó otro volumen colectivo que contenía principalmente estudios sobre J. Vasconcelos, S. Ramos, A. Caso y S. Allende: *Pensée hétérodoxe du monde hispanique*. Luego, en 1980, en un nuevo volumen colectivo de nuestro Centro de Toulouse, *Pensée hispanique et philosophie française des Lumières*, D. Quentin-Mauroy redactaba un artículo sobre Alberdi. Dos años más tarde, en un volumen editado en París por I. Harmattan (*Les années 30 à Cuba*), apareció mi artículo sobre Varona. En 1987, traduje

*Texto con el que se cierra la obra *Discours d'outré barbarie*, ed. cit.

para la UNESCO *Nihilisme et expérience extrême* (Victor Massuh). En 1989, la Fundación Simón Patiño (Ginebra) publicó mi *Panorama de la philosophie ibéro-américaine* (provista de una bibliografía detallada); ese mismo año, nuestro "Centro de filosofía ibérica e ibero-americana" hizo publicar, en el CNRS, un volumen colectivo, *Femmes philosophes en Espagne et en Amérique Latine* (escrutando la reflexión metafísica o ética de Carla Cordua, Victoria Ocampo, M. L. Rivara de Tuesta, C. Marcondes y Elena Lugo, por Andrée Mansau, Reine Guy, Paulette Patout, Z. Kouřím y A. Guy). Sería necesario hablar también de los trabajos de J. M. Gabaude (sobre T. Mcirelles Padilha), de Z. Kouřím (sobre el culturalismo brasileño), de A. Camlong (sobre Machado de Assis) y de A. Minsau (sobre A. Carpentier) en las *Mélanges Alain Guy* (1986-1988).

En esta pléyade de pensadores sudamericanos, el nombre de Leopoldo Zea sobresale claramente, tal y como lo observa con todo acierto Charles Minguet en su hermoso y reciente prólogo a la traducción de la gran obra del catedrático mexicano: *L'Amérique Latine face à l'Histoire (América en la Historia)*, coedición Archives/Lierre & Coudrier, París, 1991. En este mismo año aparece oportunamente en traducción francesa una segunda obra del maestro, *Discurso desde la marginación y la barbarie*, publicada en 1988 (*Discours d'outré barbarie*). No menos rica ni significativa que la anterior, esta última está llamada a completar la iniciación del público (incluyendo el no especializado en filosofía) en el fiel conocimiento del filósofo mexicano.

Se sabe en qué medida Leopoldo Zea (nacido en 1912, en México) ha sido uno de los más brillantes discípulos de José Gaos, ex rector de la Universidad de Madrid refugiado en México en ocasión de la derrota republicana, enérgico y célebre escritor a quien la comunidad filosófica mundial mucho le debe... Yo por mi parte no he olvidado las numerosas cartas que recibí de Gaos, como tampoco las no menos abundantes de Leopoldo Zea, quien en los años cincuenta y sesenta me envió generosamente sus libros y artículos. Zea no tardó en enseñar Filosofía de la Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); tampoco debe omitirse su intensa actividad política dentro del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el Instituto de Estudios Económicos, Políticos y Sociales, así como en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Es autor de numerosos libros, por ejemplo: *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, *La filosofía en la historia*, *La filosofía como compromiso*, *La conciencia del hombre en la filosofía*,

El pensamiento latinoamericano, La cultura y el hombre de nuestros días, Dialéctica de la conciencia americana, Latinoamérica en la encrucijada de la historia, etcétera.

Colaborador de múltiples revistas, director de diversas instituciones culturales, Zea participa en numerosos congresos nacionales e internacionales (como lo hizo en el "V Seminario de historia de la filosofía ibérica e iberoamericana", Salamanca, 1986, donde asistí a su notable conferencia). En 1950 fundó el célebre grupo "Hiperión", que organizaba fecundas reuniones en torno a lo mexicano.

Muy influido por el raciovitalismo de José Ortega y Gasset, quien ante todo basa su doctrina en la "circunstancia", Zea parte del *hic et nunc*, es decir, de la situación concreta de su país, según las fechas bien determinadas de su evolución secular y contemporánea; de este modo se inspira claramente en el historicismo (siguiendo la huella, entre otros, de Dilthey), así como en el existencialismo agnóstico (de Heidegger y de Sartre) y también en la indianidad (regreso a los orígenes precolombinos, promoción de los indígenas por oposición al desprecio al que los condenan colonos, criollos y mestizos).

A lo largo de su especulación filosófica y socio-histórica, Zea emite un diagnóstico bastante severo (aunque sólidamente fundado) de la crisis ideológica mundial, debida —en su opinión— al derrumbe de los valores tradicionales de Occidente a raíz de las dos pavorosas guerras mundiales y de las diversas y horribles guerras de descolonización; considera que ahora nos corresponde descubrir o elaborar nuevas normas, susceptibles de responder a la angustia y a las necesidades de nuestro mundo actual, en pleno desamparo.

Como bien lo observó Francisco Lizcano (*Leopoldo Zea: una filosofía de la historia*, Madrid, ICI, 1986), Zea se revela ante todo como un filósofo de la historia que propone toda una "visión de la realidad en su dinamismo histórico" (p. 7), y ofrece al lector un verdadero "sistema". Al final, el filósofo mexicano querría alcanzar una auténtica "convivencia" interhumana que permitiera a todos los hombres del planeta comprenderse y amarse fraternalmente.

Pero el estado de cosas que él comprueba amargamente al principio de su meditación es, por el contrario, el de la escisión entre los hombres, entre las clases sociales y entre los pueblos. Frente al caso típico de la América Hispánica y Lusitana, Zea describe la penosa *dependencia* en la que las dos antiguas metrópolis occidentales (España y Portugal) mantuvieron mediante una colonización

de cuatro siglos a los países de América Latina, a pesar de los generosos esfuerzos de muchos misioneros (Las Casas, Vasco de Quiroga, Motolinía, Vitoria, etc.); a esta opresión se asociaron, además, las otras naciones europeas más evolucionadas (Inglaterra, Francia, Holanda). Semejante represión, que impuso la ideología occidental (especialmente la religión cristiana) a los infortunados indígenas al mismo tiempo que los despojó radicalmente de sus propias culturas, dio pronto como resultado (a pesar del mestizaje, practicado exclusivamente por los españoles y los portugueses, y a la inversa de los anglosajones, segregacionistas resolutos) la *marginación* de los pueblos así sometidos bajo mandato. Haciendo esto, al mismo tiempo que proclamaron un ideal de libertad y de igualdad surgido de la religión de Cristo o de la modernidad anti-religiosa de las Luces y de la Revolución Francesa, en realidad los occidentales desdeñaron a sabiendas la aplicación de este ideal --evangélico o progresista-- los aborígenes, despiadadamente dominados. De ahí los desórdenes y las disensiones que se suceden desde hace siglos en el Nuevo Mundo.

Se trata ahora de hacer que los explotados tomen conciencia de esta odiosa *alienación* del hombre por el hombre, análoga a la denunciada por Karl Marx, que opone a capitalistas y trabajadores. Una vez estrictamente inventariado este radical corte entre colonizadores y colonizados, y más ampliamente, entre el "Centro" y la "Periferia" (es decir entre Occidente y el Tercer Mundo), conviene forjar gracias a nuestra incansablemente creativa imaginación—*nuevas relaciones* entre los hombres: esta vez, relaciones impregnadas de respeto mutuo, de justicia y de libre colaboración; todo lo opuesto al *desorden establecido* que estigmatizaba, por ejemplo, Émmanuel Mounier. Según la oportuna máxima de Miguel de Unamuno, "no hay más orden que el de la justicia", lo que equivale al establecimiento de relaciones justas y equilibradas entre los hombres. Solamente así podrá instaurarse un verdadero diálogo Norte-Sur o Este-Oeste: la "convivencia" tan preciosa para Ortega y Gasset.

La nueva obra de Zea, accesible a partir de ahora a los lectores de habla francesa, retoma lo esencial de todos estos temas pero sobre una trama un tanto diferente y con el agregado de nuevos matices, que demuestran no un desvío en las concepciones del maestro sino más bien una maduración aún más acentuada y una neta ampliación de las perspectivas.

En efecto, a raíz de sus viajes a España (1971) y a la Unión Soviética (1978 y 1981) —durante los cuales se entrevistó con numerosos eruditos que le hicieron conocer sus impresiones acerca de su orientación metodológica y doctrinal— ese gran independiente que es Zea se sintió impulsado a profundizar y a extender sus investigaciones, cuyo balance y repercusiones él nos pone hoy de manifiesto. Ni hablar, por cierto, de resumir un libro tan denso y rico; solamente intentaré describir el movimiento general y las principales articulaciones del mismo.

El maestro analiza en primer término la dicotomía ‘civilización-barbarie’, plenamente representativa de la que sin piedad divide a Occidente del Tercer Mundo (en particular del área iberoamericana). Entre los griegos, el *bárbaro* era simplemente aquel que no hablaba griego, o que lo hablaba mal, balbuceando; el civilizado, por el contrario, era el heleno. En Roma, posteriormente, se admitía de igual modo una separación irremediable entre los romanos o sus aliados (los únicos dotados de razón plena y total) y los no-romanos (incapaces de elevarse al *logos*). Apoyándose explícitamente en la antinomia shakesperiana (*La tempestad*) entre Próspero (el señor) y Calibán (el esclavo), Zea muestra hasta qué punto la fractura entre pueblos dominantes y pueblos dominados se remonta a los orígenes de la Humanidad (por lo menos, entre los que rodean el Mediterráneo). El instrumento asimilador estuvo constituido por la *lengua* de las naciones que ejercen su supremacía y que imponen su idioma a los marginados. Heredero de Roma, el cristianismo creó posteriormente el Imperio Carolingio y luego el Santo Imperio Romano Germánico, que expulsó a los árabes y a los eslavos fuera de los límites de la civilización. Varios imperialismos se sucedieron a continuación: el Hispano-Austriaco (clerical al extremo), el de Inglaterra (capitalista y marítimo), el de los Estados Unidos (a partir de 1945).

Se pasa entonces a analizar fina y sabiamente tres casos, totalmente imponentes, de pueblos marginados. El primero es el de Rusia. Ese inmenso conglomerado de etnias eslavas es interpretado aquí (en forma inédita, seguramente) como un conjunto bastante heterogéneo, siempre arrojado fuera de las fronteras de la civilización predominante por la sociedad europea. Convertida tardíamente al cristianismo, Rusia no se incorpora a Roma sino a Constantinopla, protegiendo no obstante a Europa contra los mongoles. Se la considera subdesarrollada, incluso infradotada y primitiva, profundamente extraña y casi salvaje. Todas sus tentativas

de ingresar en el concierto de los pueblos importantes son rechazadas por los pueblos llamados superiores. Por más que Pedro I (quien construyó Petrogrado) hubiera realizado espectaculares reformas y europeizado parcialmente su imperio, no fue aceptado como un socio válido. Zea estudia detenidamente (a la luz de varios grandes autores: A. Herzen, Michelet, Marx, Engels, Isaiah Berlin, Belinsky, Dostoievsky, Toynbee, etc.,) la polémica entre pan-eslavistas y europeístas; escruta el célebre mesianismo de la Santa Rusia, que se quiere una Tercera Roma centrada en la ortodoxia griega y oriental. A su vez, según él, la URSS hereda este arrinconamiento; contra el bolchevismo, las potencias burguesas establecieron un "cordón sanitario" y el *containment* capitalista; la alianza de los anglo-norteamericanos y franceses con la Unión Soviética en contra de Hitler será efímera; después de la victoria común sobre el fascismo nazi y nipón, la aversión respecto de Rusia resurgirá sin demora.

Por su parte, España y Portugal, aunque pertenecientes a la dependencia europea, quedaron relegadas —a partir del Renacimiento y sobre todo de 1648 (año en que se consumó la decadencia)— en un casi *ghetto*. Aquí también, a través de notables escritores (Ganivet, Martí, Rodó, Bilbao, Bello, Vasconcelos, Gaos, Bolívar, Pedro Bosch Gimpera, Sarmiento, Unamuno, Ortega y Gasset, etc.,) se ve surgir por parte de Francia, de Inglaterra, de Holanda y luego de los Estados Unidos, una incompreensión absoluta con respecto a la Península Ibérica. Las causas de ella son diversas: la geografía poco menos que insular de ambos países, la envidia en cuanto al oro extraído por ellos del Nuevo Mundo, el cáncer de la Inquisición y del integrismo, el desprecio de los ibéricos por el trabajo manual y los asuntos bancarios, el temor occidental respecto de su mezcla racial (en la que judíos y musulmanes son legión); sin hablar de sus tendencias al personalismo o al anarquismo, del triunfo del protestantismo entre los pueblos del Norte, del advenimiento de la secularización y del indiferentismo religioso en esos mismos Estados, y finalmente de la reprobación para esa España y para ese Portugal que practicaban alegremente el mestizaje del Nuevo Mundo, en lugar de conservarse puros de toda "contaminación" racial a semejanza de los Estados Unidos, segregacionistas y destructores de indios.

El tercer caso de marginación —sin duda el más paradójico a los ojos del lector— es el de Inglaterra. Basándose en otra referencia shakesperiana (*Ricardo II*, donde Juan de Gante compara esas Islas Británicas con una piedra preciosa engarzada en el seno del mar,

a fin de defender mejor los valores espirituales), Zea nos muestra a Albión intentando a través de los tiempos y a cualquier precio romper su cerco o su puesta en cuarentena. Citando a muchos autores tales como Toynbee, Juan A. Ortega y Medina, Fr. Oakley, G. Macaulay Trevelyan, E. L. Woodward, Josiah Strong, etc., describe la incompleta conquista romana, la epopeya normanda, Enrique IV de Lancaster y su vano intento de recuperar en Francia las posesiones de los Plantagenet (Guerra de los Cien Años), Ricardo Corazón de León y su enfrentamiento con Saladino durante las Cruzadas, la defensa contra la Armada Invencible, etcétera. A fin de cuentas, Inglaterra va a "transformar su barbarie en civilización" (p. 138); conquistará un Imperio que durará hasta 1947, sobre todo, se arrastrará hacia el dominio absoluto de los océanos, pero su *leadership* le será arrancado, después de la Segunda Guerra Mundial, por los Estados Unidos... ¿Cómo podría el lector de Zea permanecer insensible ante este vivo retrato de los tres pueblos, que hace pensar en la obra de Salvador de Madariaga, *Ingleses, franceses y españoles*, en la que se examina la idiosincrasia y la caracterología comparada de tres patrias europeas?

Para terminar, Zea se interroga sobre el contenido y el valor del *eurocentrismo*; con ese objeto consulta a Hegel (que desprecia a la América Latina) y a Karl Marx; en los Occidentales elogia la capacidad de abstracción, el espíritu de empresa, el sentido científico, el entusiasmo técnico. Pero constata que Marx, adoptando extrañamente el criterio de los pueblos dirigentes (es decir, de los occidentales), desdeñó la Hispanidad (a la que tacha de letárgica, demasiado religiosa, naturalmente reaccionaria en todo) y se regocijó de la derrota española en Cuba en 1898. El fundador del 'socialismo científico' subestimó asimismo a otro pueblo marginal, Rusia, en su opinión insuficientemente industrializado y por lo tanto incapaz, según él, de llevar a cabo la revolución socialista (cuando los acontecimientos de 1917 no le dieron la razón).

Zea toma partido contra este error de interpretación cometido por la Modernidad en contra de la Iberidad. Según él, los peninsulares españoles o portugueses están dotados tanto como los ingleses para el arte náutico o las ciencias. El gusto por lo concreto, muy desarrollado entre los ibéricos, no es una tara sino una ventaja, siempre y cuando no oblitere el sentido de lo abstracto y de lo general. Lo mismo ocurre en lo que se refiere a Rusia, que posee todas las capacidades requeridas para el progreso.

Lejos de perpetuar el viejo antagonismo, la conclusión del filósofo mexicano se encamina, por lo tanto, hacia una *conciliación*

de los civilizados y de los marginados. Al señalar (con R. Morse) el punto de la situación de estos últimos años o de estos últimos meses (*perestroika* y *glasnost*, principalmente), Zea muestra cómo muchas cosas han cambiado totalmente. Los Estados Unidos son inducidos a integrar dignamente, dentro de su enorme conjunto, las más diferentes etnias, con el propósito de conciliar su herencia de blancos con el aporte negro y amarillo, musulmán y budista. Por su parte los soviéticos, que todo lo subordinaban a la Ciencia y a la Praxis estatal, son obligados por las masas populares a abandonar el autoritarismo y, quizás también, el dogmatismo materialista. La libertad y la igualdad deben estar conciliadas entre sí; hay que evitar el totalitarismo estatal así como la anarquía no igualitaria de una sociedad de mercado demasiado salvaje y sin escrúpulos, que pisotee la justicia social. Todos los valores espirituales y morales son complementarios y no contradictorios. Por mi parte, yo me preguntaría si la caricatura del iberoamericano rico de *La Vie Parisienne*, de Offenbach, que jaranea estúpidamente en la Capital, así como la del *Babbitt* yanqui de la novela de Sinclair Lewis no se deben dejar atrás y rechazar definitivamente.

Como lo observa Zea, las modas decadentes de un determinado *new look* están condenadas a ser enérgicamente desterradas en el más breve plazo; la “barbaromanía” de muchos occidentales, que reniegan curiosamente de su ser y de su tradición —en lo que éstos incluyen de justo— debe ser vigorosamente proscrita. Cada grupo humano tiene como tarea recuperar su identidad cultural, sin negar la de los demás. Europa entera está obligada a definir honestamente su propia identidad, sin renunciar por otra parte al humanismo universal, que tiene por oficio sintetizar (sin falso sincretismo) los ideales más diversos de los extranjeros... La relación amo-esclavo debe dar paso a la solidaridad.

¿Puedo recordar que yo mismo abagué por este mensaje de fraternidad en mi comunicación al Congreso de las Sociedades de filosofía de lengua francesa, en Túnez, en septiembre de 1990, que llevó por título “La diferencia según los filósofos iberoamericanos”? Allí me referí especialmente a Leopoldo Zea.

Indudablemente podría causar asombro el hecho de que el catedrático mexicano no evoque el problema del Islam contemporáneo —en gran parte él también marginado— cuya urgencia es innegable. ¿Lo plantearía como Roger Garaudy o como Louis Massignon? Quizás algún día Zea dedique otro escrito a este espinoso asunto...

En todo caso, el presente volumen de *Zea*, que expresa indudablemente la voz de la élite iberoamericana actual, merece toda nuestra atención, tal y como su autor ha atraído ya la entusiasta atención de tantos intérpretes (entre ellos José Luis Abellán, Patrick Romanell, Arturo Andrés Roig, Augusto Salazar Bondy y muchos otros). Al dar su testimonio en nombre de un pueblo marginado aunque en vías de regeneración, *Zea* puede ayudarnos eficazmente en el misterioso camino del futuro inmediato, que nos es necesario volver mejor que el del pasado y que el actual. El filósofo de la UNAM es la prueba manifiesta del alto nivel alcanzado en nuestra década por el pensamiento de la América Ibérica, que nada tiene que envidiar, en verdad, a la filosofía occidental, a no ser la suerte de contar con la favorable oportunidad de una audiencia tan numerosa como la suya...

Traducción de Jorge Padín Videla